

[2]



CELEBRÁBAMOS NUESTROS ÉXITOS PERIODÍSTICOS
EN *Las Margaritas*, COMIENDO VORAZMENTE
UNAS CUANTAS EMPANADAS CON MASATO

Fotografía
Archivo / EL TIEMPO

Por Roberto Posada García-Peña

Mi presencia en *El Aguilucho*, en 1972 y 1973, fue siempre –entre otros– al lado de Mauricio Acero Montejo. En mi caso particular, lo único que me gustaba del colegio, y lo único de lo cual también era consciente que valía la pena aprender, eran literatura y cívica política. Por esa misma razón creo que batí un récord que debería figurar en el libro *Guinness*: me ‘tire’ álgebra, geometría, física, química, trigonometría y cálculo; cíclica y anualmente.

Y todas estas materias las tuve que rehabilitar impajaritadamente, con el agravante de que apenas surgía el invento de la calculadora de bolsillo para salir de embrollos, como el de sacar la raíz cuadrada de un número determinado.

Por eso he juzgado siempre, con el respeto que merecen nuestros educadores, que el colegio es –en términos generales– una auténtica pérdida de tiempo. Y que todo lo que uno pueda hacer por fuera de la ortodoxia y de lo habitual (incluyendo tomar trago) es lo que no debe olvidarse, como estudiante que fue. El atractivo está en las actividades extraacadémicas. Aparte, pues, de que me importaban un bledo las cifras, las estadísticas, los teoremas y, en síntesis, las llamadas ciencias exactas, todas estas materias que le desplazan de la mente al interesado lo que verdaderamente le inquieta. Que, en mi caso, eran y siguen siendo, básicamente, las humanidades.

Así que en cierta forma aprendí a escribir en *El Aguilucho*, pero aunque ello no fuese realidad, nunca las matemáticas me sirvieron para saber redactar y poder opinar. Y por eso mismo, junto con Acero, tratamos de hacer unas ediciones muy serias y no exclusivamente reducidas al estrecho ámbito un tanto parroquial del Gimnasio. Ediciones que, sobre todo cuando estábamos en sexto de bachillerato, causaron impacto en la comunidad gimnasiana, no tanto por su profesionalismo como porque de algún modo cambiaban una tradición que ignoro si luego volvió a revivirse.

Por ejemplo, resolvimos eliminar las denominadas biografías de los bachilleres, o por lo menos les suprimimos el lenguaje supuestamente chistoso con que se escribían, al considerar que eso poco le importaba al resto de los lectores de la revista no vinculados directamente con el colegio. E hicimos varias entrevistas interesantes, como una con el entonces ministro de Educación, Juan Jacobo Muñoz, y llevamos como interlocutor nada más y nada menos que a don Agustín Nieto Caballero.

A propósito. Si bien don Agustín no fue solo un maestro en el campo educativo, sino todo un hombre de letras que irradiaba cultura por los poros, no era exactamente el mejor conductor del mundo. Lo digo más claramente: no era un buen chofer de carro. Fue por eso por lo que el día en que el Ministro nos citó en su despacho, resolví yo decirle muy amablemente al rector que si le conducía su Fiat con caja de transmisión al lado del timón, ya que don Agustín andaba generalmente en tercera y en cuarta (aludo a los cambios del automóvil) y en consecuencia era un ex-

El Director
de LECTURAS
recuerda hazañas
gastronómicas
precoces y su
paso por el
Aguilucho, revista
del Gimnasio
Moderno!



■ Fachada del Gimnasio
Moderno, en Bogotá.

Lamparazos, riñones y entremeses



perto en quemar el *clutch*. Después celebrábamos nuestros éxitos periodísticos en *Las Margaritas*, comiendo vorazmente unas cuantas empanadas con masato.

Pero también hicimos reportajes ‘revolucionarios’, al amparo de la caída de Allende y del golpe de Pinochet, con colaboraciones excepcionales, como la de Fabio Lozano Simonelli. Entrevistamos –decía– a don Guillermo Quiroga, hoy vicerrector y entonces mi director de curso en cuarto de bachillerato y profesor de cívica en sexto, dos años después. Recuerdo que fue un diálogo hartito izquierdoso con el entrevistado, que no dejaba de causar críticas entre algunos padres de familia

enemigos de que *El Aguilucho* ventilara posiciones tan beligerantemente políticas.

Escapadas gastronómicas

Los que han dirigido *El Aguilucho*, como supongo que ocurre con las demás revistas que editan los colegios (aclarando eso sí que nuestra revista jamás ha tenido tinte de anuario escolar), saben que hacer estas publicaciones no solo demanda tiempo sino también plata. Es decir, un presupuesto que al menos permita asumir los costos de la edición. Para lo cual, obviamente, la única manera es consiguiendo avisos.

Pues bien. Con Mauricio Acero resolvimos que, independientemente de que tales dos realidades –tiempo y dinero– eran imprescindibles para preparar buenas revistas, teníamos la excusa perfecta para ‘capar’ las clases más aburridas, a fin de ejercer el inevitable *lobby* con los gimnasianos ya egresados, a efecto de obtener la necesaria publicidad. Y aunque esa no deja ser una labor de mendigos, tradicionalmente guardábamos una pequeña partida presupuestal para el almuerzo, puesto que no todo podía ser trabajar, trabajar y trabajar...

Estas escapaditas gastronómicas nos permitieron gozar de lo lindo en restaurantes bogotanos ya por desgracia clausurados, comenzando por

el comedor del Hotel Continental, donde ofrecían unos entremeses de maravilla antes de consumir el plato fuerte, que no era cualquiera: ¡sesos en mantequilla negra! Y si la ubicación de los posibles anunciadores quedaba por los lados de los barrios Teusaquillo, La Soledad o La Magdalena, entonces frecuentábamos *La Reserve*, el estupendo restaurante de Claude Lemaire, en donde el plato preferido eran los riñones flambeados en ginebra... antes de tomarnos unas cuantas ginebras.

Los lectores dirán que eso es lo que en el sector público llaman peculado por apropiación o por extensión. Pero no. Después salíamos muy formales e imaginativos –gracias eso sí a los lamparazos que nos metíamos– a mendigar propaganda y solicitar colaboraciones de plumas muy exclusivas, no solamente para escribir sino también para pintar. Por eso los invito, a quienes puedan hacerlo, a que observen con detenimiento la carátula y contracarátula de la edición final del año 1973, (no la de la ilustración) dibujada en un solo conjunto por nadie menos que Benjamín Villegas. Una portada no solo muy ‘soyada’, como decíamos, sino estéticamente abstracta, llena de colores y cargada de conceptos.

Mis dos años en *El Aguilucho* –esto es, 730 días– fueron inolvidables y, sin duda, mi realización máxima como estudiante del Gimnasio Moderno. Porque, por lo demás, jamás hice gimnasia y generalmente sacaba el último puesto, cuando imperaba este absurdo sistema de evaluación mensual, gracias a las malas calificaciones que siempre obtuve –honrosamente y sin mucho esfuerzo intelectual– tanto con el ‘Toto’ Herrera, que en paz descance, como con el ‘Topo’ Cortés.